

Ahora, que estamos convencidos de que conocemos las leyes de la historia, se nos ha olvidado que esta es un tejido cuya trama y urdimbre son los destinos de innumerables seres humanos que estuvieron vivos antes de haber muerto.

Si queremos que el futuro nos mire con interés algún día, estamos obligados, por nuestra parte, a dedicar nuestro pensamiento compasivo a aquellos —hace tiempo olvidados— que pagaron por verdades que hoy no hacemos más que redescubrir.

El nombre de Cem hace mucho que está olvidado, aunque siglos atrás estaba en boca de todos. En aquella época —siglos atrás—, sobre Cem se escribían novelas y poesías, se habrían escrito incluso suplementos si hubieran existido los periódicos y esos periódicos hubieran tenido suplementos; en su lugar, los bardos errantes cantaban loas sobre Cem. En el siglo xvii no existía tema más candente ni más emocionante que el de Cem Sultán, o Zizim, como lo llamaban en Occidente.

Como suele ocurrir, Cem no era más que una excusa para escritores y poetas, el cañamazo sobre el que bordaban sus ocurrencias. Para el mundo del siglo xvii Cem era un prisionero desdichado y el amante traicionado vilmente por nobles damas aburridas e igualmente aprisionadas; Cem era víctima de las intrigas de la corte, un joven de pureza cristalina burlado por la gente.

En realidad, aquel no era Cem Sultán, sino el héroe del siglo xvii. Él hubiera podido llevar igualmente cualquier otro nombre, pero Zizim tenía ventajas; era un nombre oriental, envuelto en misterio, notorio.

La fama de Zizim como víctima romántica llegó y se desvaneció. El siglo xviii trajo consigo otro tipo de héroes; el xix, otros aún más diferentes. ¿Qué es lo que nos hace volver hoy a Cem?

Por ejemplo, el hecho de que hasta hoy Cem aún no ha sido descubierto. Es cierto que fue desenterrado cuatro años

después de su muerte para probar que estaba muerto. Pero no es su muerte la que nos importa, sino su vida: la vida que nadie quiso describir, la verdadera.

Volvemos a Cem también porque él no fue solo una triste víctima. El destino de Cem demuestra que ciertas verdades no son nuevas, no son vigentes solo hoy: hay verdades grandes y eternas que la historia no cesa de ilustrar. Por ejemplo, que entre el hombre y su patria existe una dependencia compleja que aún no está definida con exactitud («La piedra pesa en su sitio», dice un refrán, y otro lo confronta: «Nadie es profeta en su tierra»). Esta verdad nunca quedará obsoleta; mientras existan las personas y las patrias, el destino del exiliado seguirá siendo todo un tema.

Hoy volvemos a Cem también por una tercera razón. En el caso Cem —que se desarrolló durante una década y media al final mismo del siglo xv— se perfiló, muy a las claras y sin tapujos, la división política entre Oriente y Occidente. Más tarde este caso fue conocido como el «inicio de la Cuestión Oriental» y quizá con razón, pero...

Supongamos que la «Cuestión Oriental» no comenzó con el avance de Rusia hacia los mares cálidos y con los esfuerzos de Occidente por impedir esos avances, sino con los esfuerzos de ese mismo Occidente por frenar el desarrollo del Oriente europeo abandonándolo e incluso condenándolo a muchos siglos de sufrimiento. La liberación de los Balcanes recién conquistados nunca más volvería a ser tan fácil de conseguir como lo fue en la época del caso Cem. No fue ninguna casualidad que Occidente dejara escapar aquella oportunidad. Algunos creen que las cuentas les salieron mal. No es verdad, las cuentas salieron muy bien.

A estas cuentas debemos demasiado. En líneas generales: el retraso en nuestro desarrollo; por no mencionar el sufri-

miento, ya que las consideraciones sentimentales no tienen cabida en la historia.

Bien, es sobre todo por esto por lo que volvemos al caso Cem. Durante mucho tiempo nos han intentado convencer de que lo ocurrido en los Balcanes, culminado en su «balcanización» (término si no directamente ofensivo, al menos condescendiente), es una cuestión de fatalidad histórica. «Y qué se le va a hacer —quieren decir—, quién tiene la culpa de que los Balcanes sean la antesala de Oriente y se hayan llevado la peor parte de las incursiones bárbaras. Entendemos su dolor —quieren decir—, pero la geografía es la geografía, independientemente de la voluntad humana».

Nos entienden, claro. Pero ¿por qué callarnos el hecho de que también nosotros entendemos alguna que otra cosa? Por ejemplo, que en el caso Cem (como en cualquier otro caso) no deberíamos buscar ni fatalidad histórica ni predestinación geográfica. Al margen de ellas, realmente hubo voluntades humanas, la voluntad de una serie de personas que dirigieron la «Cuestión Oriental» en sus orígenes. Les vino como anillo al dedo tanto la predestinación geográfica, como la fatalidad histórica. Supieron aprovecharlas hábilmente.

En realidad, el asunto no es tan complejo. Nosotros, y los demás, sabemos bien que en la historia no existe la compasión. Ya que se nos ha condenado a todo aquello que, de cara a las apariencias, se denomina determinismo histórico, no tenemos necesidad de seguir aceptando las apariencias. Nuestra triste ventaja es que podemos descubrir la verdad sobre el caso Cem.

Los testigos de este caso llevan mucho tiempo muertos, pero gracias a los métodos contemporáneos de procesamiento judicial no es difícil hacer que los muertos hablen, sobre todo si se trata de un caso importante. Dudo que se opongan, ellos

lo tienen fácil. Solo pueden esperar la condena de la historia. Semejante sentencia no perjudica a nadie, puesto que es condicional e *in absentia*.

PARTE I

**Testimonio del gran visir Nisanci¹ Mehmed baja
acerca de lo ocurrido entre el 3 y el 5 de mayo de
1481**

Antes del amanecer me despertó una voz. Me incorporé asustado, si despertaban al gran visir no era por una minucia.

Ya sentado, traté de observar al que había irrumpido. Apenas pude reconocerlo en la penumbra: uno de los *peiks*² del sultán.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Mehmed Kan nos tenía acostumbrados precisamente a ese tipo de asuntos imprevistos, parecía no dormir nunca.

—Baja —respondió el *peik*—, esta noche Mehmed Kan ha alcanzado la misericordia de Dios.

Sentí que desfallecía. Todos sabemos que el destino sigue sus propios caminos y le ofrece al hombre lo que menos desea, pero aquello era demasiado: Mehmed Kan no podría haber elegido peor hora para su deceso.

Todo lo que me empujó a actuar de esa manera en aquel momento —lo que hice entre el 3 y el 5 de mayo—, aún no era fruto de un pensamiento claro y mucho menos una decisión

1 Calígrafo principal de la corte del sultán.

2 Alabardero de la guardia personal.

premeditada. En aquel momento lo único que tenía en mente era que Mehmed Kan no debió haber muerto, que su muerte iba a trastornar demasiado mi vida, la vida de todos nosotros, la del imperio y la del mundo. Esta serie de consideraciones aún nubladas por el sueño me llevaron a ordenar al *peik*:

—¡Ni una sola palabra! ¡Como una tumba! ¿Quién más sabe lo de Mehmed Kan?

—Yo... y el *peshkirdar*³ del sultán... —contestó el *peik* más muerto que vivo.

Sabía que su confesión los condenaba a los dos a muerte.

—¡No salgas de aquí! —le dije por encima del hombro.

Debía encargarme del *peshkirdar*.

Mandé a Yunus, mi sudanés mudo.

Mientras me vestía, el negro volvió con el otro hombre. Lo sujetaba por el cuello.

—¡Acaba con ellos aquí y ahora, en la carpa! Solo retira el kilim para no mancharlo. Luego mételos debajo del diván, los enterrarás esta noche.

Mientras me enrollaba el turbante y ceñía el cincho con el arma, Yunus acabó con los dos y los colocó como le había ordenado.

«¡Ven conmigo!», le hice una señal para que me siguiera.

Recuerdo que me sorprendió que aún no se hubiera hecho de día. Tenía la sensación de que en el breve tiempo transcurrido entre la noticia que me trajo el *peik* y su muerte habían pasado horas. Miré alrededor. La almofalla dormía. «¡Menos mal!», pensé. Las tiendas estaban plantadas una detrás de otra, hasta donde abarcaba la vista. Doscientos mil hombres reunidos desde Serbia hasta Persia, algunos seguidores de la verdadera fe, otros no, movilizados por voluntad propia o por

3 Servidor de toallas.

la fuerza, se apresuraban a robar una última hora de sueño antes de la campaña. Sí, se rumoreaba que marcharíamos ese mismo día.

Me preguntarán ustedes: ¿adónde? No lo sé, se ve que ustedes tampoco lo saben; en estos quinientos años que han transcurrido, no han conseguido averiguar adónde pensaba llevar sus huestes el Conquistador aquella madrugada que lo encontró sin vida. A ustedes, por lo que veo, les molesta semejante vacío en sus conocimientos. Pero nosotros estábamos acostumbrados, la incertidumbre no nos preocupaba, porque el gran Mehmed Kan II sabía desempeñarse en medio de ella. El hombre cuya suerte militar nunca lo traicionó.

«¡Ven conmigo!», invité de nuevo a Yunus y nos deslizamos entre las tiendas.

A través de la lona podía oír los ronquidos profundos y serenos de los soldados, en cien voces diferentes. Todos esos hombres, que habían crecido y encanecido en batallas, ponían de buena gana su destino en manos del Conquistador. Pero él ya se había ido.

No voy a intentar explicarles lo que significaba para nosotros su muerte. La época del Conquistador no se pareció a ninguna otra y ustedes, supuestos conocedores del imperio del sultán, no pueden imaginarse que una vez —aunque solo por un breve período— las cosas fueron diferentes.

En líneas generales, en nuestra época y en nuestra parte del mundo, la gente se inclinaba ante dos profetas: Mahoma o Jesús. Pero Mehmed Kan tenía su propio profeta: la victoria. En su nombre, él no se detuvo ante nada. Ni siquiera pudo detenerlo nuestra fe sagrada ante la cual se habían doblegado otros grandes como Osmán u Orhán. El Conquistador arrebató con una sola palabra todas las tierras de nuestros clérigos

y las convirtió en feudos para sus *sipahi*,⁴ para disponer de un ejército como jamás se había visto. Lo consiguió, pero a la vez se ganó el odio intransigente de nuestros clérigos. Pero Mehmed Kan era tan poderoso que podía permitirse el lujo de dar la espalda a tanto odio; incluso su espalda —tan alta como ancha— infundía respeto.

Para el Conquistador no existían fieles y *kafires*.⁵ Todo aquel que deseara servirle, que fuera capaz de servirle, era aceptado en Estambul y en el palacio de Topkapı. Cuando Rodas se le atragantó, Mehmed Kan anunció a lo largo del Viejo Mundo que buscaba a un gran maestro que esbozara un asedio exitoso a la isla de los caballeros. De entre las decenas de alemanes, ingleses y franceses (era divertido verlos en el Topkapı afanándose con sus rollos de papel, bregando con sus bufonescos ropajes llamativos y sus plumas, gritando unos por encima de otros en todos los dialectos imaginables), el premio lo ganó un tal maestro Georg de Prusia. Mehmed Kan, sin escatimar en oro, llevó a la realidad sus bocetos, y derramó otra buena cantidad de oro sobre el propio Georg, cuyo apellido nadie supo nunca, pues no había ninguna necesidad.

El Conquistador había logrado convencernos (o al menos nos había obligado a tragarnos las objeciones) de que la victoria estaba por encima de todo y que no podríamos alcanzarla si seguíamos tropezándonos contra prohibiciones, temores o remordimientos de conciencia. Desprejuiciado, esta es la palabra que están buscando para definir a Mehmed Kan. Durante su época había mucha gente sin prejuicios (al contrario de lo que creen ustedes), pero nadie llevó nunca esa cualidad hasta esas cimas de perfección como lo hizo el Conquistador. Por ejemplo, en aquellas horas previas al amanecer, en nuestra

4 Miembro de la caballería del Imperio otomano.

5 En el Islam, no creyente, no fiel, no musulmán.

almofalla dormían en dos tiendas contiguas, o incluso en la misma, soldados nuestros, infieles y herejes, pues lo único que los unía era el nombre de Mehmed Kan.

«¿Podría haber victoria sin Mehmed Kan?», pensé, turbado. Aún no sabía qué hacer, pero tenía que decidirme rápido.

Los dos *baltacis*⁶ frente a la carpa del sultán se hicieron a un lado: yo tenía el derecho de ir en busca del sultán aún sin haber sido llamado.

En la carpa ya estaba clareando. La luz allí era roja debido al lienzo carmesí. Caminé de puntillas, como si fuera a robar o algo peor, la docena de pasos hasta la cortina detrás de la cual estaba el lecho de nuestro amo. Aparté la cortina del mismo modo, a hurtadillas.

Mehmed Kan yacía inmóvil sobre las pieles de tigre, y ya a primera vista se notaba que su calma no se debía al sueño. Había algo tenso, sufrido y angustioso en ese rostro, como si el propio Mehmed Kan hubiera percibido en su último instante cuán a destiempo nos abandonaba.

Me incliné sobre él.

Los retratos de Mehmed Kan que me habéis enseñado ahora no se parecen mucho a él. Se ve que los dibujantes, puesto que no podían impresionar con la belleza del sultán, al menos querían retratarlo como alguien imponente. Pero él era diferente, se lo aseguro.

Antes que nada, era ridículamente bajo. Dicen que esos hombres, los ridículamente bajos, desarrollan una tremenda susceptibilidad. Mehmed Kan sufría por culpa de su baja estatura. En cada uno de nuestros encuentros, me daba cuenta de que él —el gobernante de la mitad del mundo y una amenaza para la otra mitad— siempre se sentaba erguido en

6 Guardia palatina otomana armada con hachas.

el diván, manteniendo a sus consejeros en el suelo para sacarles una cabeza.

Hay gente baja, pero bien proporcionada, cuya estatura pasa por exquisitez. No era el caso de mi amo. Él era un engendro, ¡que su alma descanse en paz! Como si Alá hubiera tomado la carne necesaria para un hombre grande, pero hubiera hecho uno pequeño, aplastándolo de arriba abajo. Mehmed Kan no podía entrelazar los dedos sobre su vientre; sus pies nunca tocaban el suelo, sino que se balanceaban en el aire con cada uno de sus frecuentes y sultánicos arrebatos de ira o alegría. Porque en ese hombre una emoción reemplazaba bruscamente a la otra: a veces me parecía que en su cuerpo rechoncho había demasiada sangre agitándose en su vasija limitada, provocando espasmos imposibles de prever.

El rostro de nuestro amo también habría sido un engendro —¡que Dios me perdone!— de no ser porque lo iluminaba la mente tremendamente ágil, aguda y profunda del Conquistador. En realidad, un hombre inteligente nunca puede ser completamente feo, es imposible. De hecho, aunque Dios había concedido a nuestro sultán un rostro más ancho que largo, aunque debajo de él colgaba una papada ondulada que le caía hasta el torso, aunque en ese rostro parecían desproporcionados la nariz demasiado fina y aguileña y la boca con un labio superior tan inexistente como carnosos el inferior, aunque sus ojos recordaban dos agujeros pequeños en una diana, a pesar de todo esto, Mehmed Kan no era feo.

Aquella madrugada, recostado sobre las pieles de tigre, con la cabeza echada hacia atrás, la pelirroja barba rala despuntando como un alambre fino, Mehmed Kan me pareció temible. Quizá debido a la expresión que ya mencioné.

Le aferré la mano, aún no quería creer lo peor. Era pesada e hizo que se moviera el brazo entero, sin doblarse. Entonces, de repente, temí haberme quedado ahí demasiado tiempo.

Con mucho esfuerzo, ordené mis pensamientos, y con más esfuerzo aún, los llevé en una dirección.

—Yunus —dije una vez fuera de la carpa notando con terror que el campamento se estaba levantando—. ¡Tráeme a los portadores de Mehmed Kan!

Estos acudieron enseguida con el palanquín bañado en oro del sultán. Les hice entrar solos a la tienda mientras murmuraba algo inconexo sobre la enfermedad de Mehmed Kan y sobre el dolor que sentía cuando intentaba ponerse de pie. Se quedaron lívidos cuando entramos en la carpa y yo, intentando darme un aire resolutivo y de calma férrea, les ordené que cargaran a Mehmed Kan en el palanquín como si estuviera sentado.

Fue trabajoso. El cadáver pesaba el doble, y eso que Mehmed Kan, aun sin esa duplicación, nunca había sido ligero. De alguna manera lo empujamos por las pequeñas puertas, pero él se resistía, ya se había enfriado. Y así, acoplándolo de lado, con su bata de filigrana echada por encima, cerramos los visillos. Pero no del todo. A través de la ranura quería que se vieran una parte del rostro del sultán y una mano.

Esta se balanceó rítmicamente con los primeros pasos de los portadores y —visto desde lejos— parecía que Mehmed Kan estuviera saludando a sus tropas.

No le desearía a nadie estar en mi lugar aquel 3 de mayo por la mañana. Cabalgaba a la izquierda del palanquín; de vez en cuando me inclinaba hacia su portezuela como si anunciara algo o recibiera una orden; por delante del palanquín cabalgaban los *baltacis* del sultán (me llevé a propósito a todos aquellos que quizá sospecharan la verdad), y detrás, dos ortas de jenízaros.

De todos modos, lo más peligroso era atravesar la alfombra. Ahí estaban todos los que se amotinarían tan pronto como se enteraran de la muerte de nuestro amo. Pasé entre las

tiendas como si caminara sobre ascuas. Miles y miles de tiendas, temí que nunca se acabaran, hasta que por fin esa ciudad de lona quedó a nuestras espaldas. Por delante, a una hora de distancia, resplandecían los minaretes blancos de Scutari y, más allá, en las colinas de la orilla de enfrente, Estambul afloraba en la madrugada.

«¡Alá, dame fuerza en el día de hoy!», imploré. Superado el miedo, me dejé caer en la silla de montar como aplastado; estaba exhausto. Y de repente me sobresalté: de qué peligro superado estaba hablando, ¡si el verdadero peligro aún estaba por llegar!

Objetarán ustedes que para el primer consejero y el segundo mandatario del Imperio semejante día siempre es duro, el día en el que un poder deja paso a otro. Tienen razón solo hasta cierto punto, porque en nuestro caso el asunto es más peculiar y mucho más complejo. Aquí, por norma, el ejército se rebela tras la muerte de cada sultán; aquí todo aquel que haya soñado con lucir la túnica del gran visir reparte entre los jenízaros y los clérigos toda su riqueza para predisponerlos y ganárselos, y usarlos precisamente durante ese día de interregno.

Pocos de nuestros grandes visires han sobrevivido a un día así, se pueden contar con los dedos de una mano. Por mucho que me infundiera ánimo, estaba seguro de que no llegaría a incluirme entre ellos. No era la esperanza, no, algo más me empujaba hacia Estambul. Sabía que durante las pocas horas que tenía a mi disposición, yo, Nisanci Mehmed bajá, tenía el poder de decidir el futuro del Imperio. Mejor dicho: preservar y continuar la obra de mi gran señor.

Yo no era el único que sospechaba el peligro que se cernía sobre su legado; era algo ampliamente conocido. Pero no podía contar con que alguien más (aparte de mí, con el debido

perdón) decidiera sacrificar su vida para impedir lo casi inevitable: un retorno a los tiempos anteriores a Mehmed Kan.

Ya lo dije antes: nuestros clérigos fueron perjudicados por las leyes de Mehmed Kan. Ellos aprovecharían su muerte. Y tenían en quien depositar sus apuestas. Con todas las de la ley, sin siquiera violencia: ellos apoyarían al *shehzade* Bayezid.

Me alegro de que la historia haya corroborado mi opinión acerca de Bayezid, antaño no me atrevía a pronunciarla en voz alta. Por cierto, ustedes saben más que yo sobre Bayezid, yo no llegué a verlo gobernar. Pero me parecía desacertado incluso en calidad de *shehzade*.⁷ No podía definir por qué sentía animosidad hacia él, se portaba muy bien tanto conmigo como con los otros pilares del estado. Se hablaba mucho de sus talentos: decían que era un excelente arquero, insuperable; que dominaba a la perfección la teología y la astronomía.

Se rumoreaba también que los talentos del *shehzade* eran conocidos, incluso manifiestos, mientras que lo opuesto —sus vicios— permanecía oculto. Pero nadie podría imaginarlos en él. Ese hombre, en aquel entonces joven, poseía una gran cualidad: el autocontrol. Nunca dio rienda suelta ante miradas ajenas a la ira o a la risa grosera, como sí le gustaba hacer a su padre; Bayezid jamás dio pista alguna acerca de qué le gustaba y qué le molestaba. Era precisamente esa perfección escurridiza lo que me repugnaba en él. No solo a mí, por supuesto, aunque la historia me haya señalado casi como su único adversario.

Cortos de miras, eso es lo que pensaba de todos aquellos —los agás jenízaros, los mulás, algunos de los visires antiguos o destituidos— que se prendaban de Bayezid. Alguien como él, en mi opinión, sería capaz de engañar incluso a su propia

⁷ Título otomano para los hijos varones del sultán en el Imperio otomano; muchos eran enviados a provincias como gobernadores en formación.

madre (por cierto, debería señalar que hasta hoy se desconoce su identidad. Bayezid nunca le rindió homenaje, jamás la mencionó, y el propio Mehmed Kan ya había olvidado sus devaneos juveniles). Los clérigos no ocultaban su esperanza de que ese hombre instruido en las ciencias divinas y humilde creyente los sacara de la humillación y la pobreza a las que les había condenado el Conquistador. Eran precisamente estas esperanzas tuyas las que me hacían pensar que tampoco la devoción de Bayezid —como nada en él— era casual.

Mi opinión sobre nuestro futuro soberano no es algo que me haya forjado hoy, con la perspectiva de la historia. La tenía incluso en la época en la que Mehmed Kan alejó a sus hijos enviando uno a Amasya y al otro a Konya en calidad de *beylerbeys*.⁸

Esto se interpretó de distintas formas: o temía un complot de sus hijos y una guerra intestina, o el sultán quería que sus jóvenes hijos se instruyeran en el arte de gobernar. Pienso que mi interpretación era más acertada. Mehmed Kan estaba tan firmemente aferrado a la vida y a todo aquello que se llevaba de ella, o lo que pensaba obtener, que no le apetecía tener todo el tiempo su condena final frente a sus ojos: a unos hijos que esperan la muerte de su padre para convertirse en soberanos. Por otra parte, había un detalle —Mehmed Kan mantenía a sus nietos como rehenes en Estambul— que me hacía creer, hasta cierto punto, en los rumores. Mehmed Kan no dejaba nada al azar; siempre llevaba las riendas de su propio destino e incluso desde la altura de su poder siempre guardaba un as en la manga.

A pesar de mi desprecio por Bayezid, cuyo ascenso —no lo ponía en duda— nos haría retroceder mucho en el tiempo, aquel día yo estaba obligado a informarle de la triste noti-

8 Gobernadores de provincia.

cia y mantener la capital hasta que llegara para la toma de posesión.

A primera vista, muy sencillo. Aunque en Estambul estallara un motín, yo no tendría la culpa, se trataba de algo inevitable. ¿Qué me preocupaba entonces?, preguntan ustedes. No puedo ocultarlo, es algo que salió a la luz tan solo un día después: yo no quería a Bayezid como sultán.

Me insinúan que no era asunto mío elegir al sultán de los osmanlíes. Ya lo sé. Pero todos nosotros estábamos demasiado unidos a la obra de Mehmed Kan, le habíamos entregado nuestros mejores años, nuestra sangre. ¿Quién podría convenirme de que algo que me costó tanto no era asunto mío?

Además, reconozco que en la madrugada del 3 de mayo yo aún trataba de jugársela al destino. El hecho de ocultar la muerte de Mehmed Kan no debía interpretarse como una insubordinación hacia *shehzade* Bayezid. Al contrario, debía agradecerme que retrasase la devastación jenízara hasta su ascenso.

Cuando llegamos a Scutari, a orillas del Bósforo, hice que los portadores y los *baltacis* se montaran en el pontón junto con el palanquín. Las dos ortas de jenízaros nos siguieron en varios caiques grandes.

Las calles estaban casi desiertas. El ejército seguía acampado en los prados de Hunkar Cayiri, y en Estambul todavía vivían pocos civiles, la ciudad aún no se había recuperado de los largos asedios y de la conquista. Los pocos transeúntes se inclinaban hasta el suelo al paso del palanquín, la mano pesada del Conquistador se agitaba como si los saludara; yo, desfallecido, guiaba mi caballo y rezaba para que llegáramos cuanto antes al Topkapi.

Los guardias del palacio se apresuraron a abrir las puertas. Atravesamos los tres patios vacíos —incluso las tropas que

normalmente se encontraban en la corte estaban en Hunkar Cayiri— y por fin me encontré frente a los aposentos de Mehmed.

En el tercer patio me encontré de nuevo a solas con Yunus y los *baltacis*. Ordené que sacaran al cadáver y que lo colocaran sobre el lecho del sultán. Me quité un peso de encima del tamaño de una montaña cuando giré dos veces la llave y cerré por fuera la puerta de los aposentos soberanos.

En el patio me esperaban los porteadores, los *baltacis* y Yunus. Sin hablar les señalé la nueva tesorería. Sabía que la estancia estaba vacía: Mehmed Kan no había logrado transportar su tesoro desde Yedikule. Todos los que habían acompañado al sultán durante aquel último viaje, uno tras otro, se metieron dentro de la oscura cámara de la tesorería. Eché esa llave también por fuera y la colgué junto con la otra en mi cinturón.

¡Listo!

Solo entonces me di cuenta de lo mucho que me tiritaban las piernas y los brazos, estaba temblando. Que ¿qué había ganado con todo ese esfuerzo?, preguntarán. Mucho. Tiempo. Tenía que usar sabiamente lo ganado.

Escribí las cartas a solas en el *divanhane*.⁹ En mi vida había escrito algo tan largo, para eso estaban los escribas.

Recuerdo que cuando terminé la primera carta, me quedé sentado durante mucho tiempo en la penumbra del *divanhane*. Me armaba de valor para la segunda carta, mi sentencia de muerte. Independientemente de qué hijo del sultán acabara ocupando el cargo, ninguno de los dos me perdonaría haber escrito esas dos cartas a la vez, haber jugado en ambos bandos.

Casi tomo la determinación de parar tras la primera carta, la de Bayezid. «¿Por qué no lo dejo aquí?», pensé, y eso

9 Sala del palacio otomano donde se reunía el diván, el Consejo Imperial.

que sabía bien que no iba a dejarlo. El éxito de Bayezid de todas formas significaba mi perdición. Al fin y al cabo, yo era miembro de los *sipahis* y había tomado partido por las medidas impuestas por Mehmed Kan contra nuestra sagrada Iglesia. Se podría decir que mi decisión entonces no era tan fatídica; mi canción ya había terminado.

Cuando ese último pensamiento anidó en mí, sentí alivio. Enseguida redacté la segunda carta. Breve, solo unas pocas palabras. La escondí debajo del turbante, afuera salí solo con un rollo en la mano. Enseguida encontré al mensajero que necesitaba: de mi confianza, iletrado. Iba a cabalgar hasta Amasya cambiando de caballo en cada posta. «¡En cada posta!», insistí. Según mis cálculos esto significaba once días de viaje.

Al segundo mensajero me costó mucho más encontrarlo, todos me parecían indignos para confiarles mi vida. Hasta que me percaté de que Yunus, el mudo, sería el adecuado para semejante tarea. Lo saqué a él solo de la tesorería, lo desnudé y pegué mi carta en su piel negra.

—¡Vivo o muerto! —susurré al oído de Yunus, y aun así me pareció que estaba gritando y que todo Estambul podía oírme—. ¡Pero mejor que llegues vivo a Konya! No cambies de caballo solo en las postas, ¡sino cada tres horas! Rehúye encuentros, ¡métete bajo tierra! Estarás en Konya en una semana. Aquí tienes dinero, bastante para que se lo vayas dando a quien haga falta. Ni se te ocurra dar a entender que he sido yo quien te ha enviado, ¡¿me oyes?! No me conoces, ¡no perteneces a nadie! ¡Corre! En Konya buscarás a Cem.

Desde la madrugada no me había atrevido a dejar siquiera que ese nombre (¡Cem!) se colara en mis pensamientos, a pesar de que había implorado la ayuda de Alá en nombre de Cem, en nombre del legado de Mehmed Kan. «¡Dios mío,

cuida al negro mudo! ¡Cuida a tus soldados!»». ¿Qué importa el disgusto de varios cientos de mulás y cadíes porque se les haya dejado sin su jugoso hueso? No necesitas oraciones, Dios mío, sino la victoria de nuestra fe. ¡Nosotros te la vamos a ofrecer!

Creo que nunca había rezado tan fervientemente como lo hice aquel día, con todo mi corazón. Y enseguida he de añadir: Dios no escuchó mis oraciones. Quizá las audacias de Mehmed Kan y las privaciones de nuestra Iglesia le habían enfurecido de verdad.

Durante las horas siguientes yo ya no estaba vivo, me había convertido en un trozo de madera reseco. Caminaba entre la gente, respondía a sus preguntas, pero estaba ausente. Todo mi pensamiento estaba con Yunus.

Dios me castigó, cierto, por mi intromisión en el devenir de los acontecimientos mundiales, pero también me ahorró algo: la espera. Esta terminó al día siguiente por la tarde.

Encerrado en mi *konak*¹⁰ (intenté que no se me viera salir), oí la algarabía que venía de lejos, casi imperceptible, podría confundirse con un silencio diluido. Pero yo era todo oídos así que no me engañó: por las calles de Estambul estaba entrando un ejército. ¿Pero cuál? Solo podía venir de Hunkar Cayiri, no había otro. Es decir, en la almofalla se habían enterado de la muerte de Mehmed Kan y se habían apresurado a entrar en la capital para no perderse los saqueos y la destrucción. Mis esfuerzos por aislar Asia de Europa habían sido en vano: el día anterior ya había ordenado que ninguna embarcación atravesara el Estrecho en ninguna dirección.

Imaginaba que para cuando cayera el sol, ya me encontraría en un mundo mejor como primera víctima de la

10 Gran residencia o mansión administrativa en el Imperio otomano.

sublevación. Pero Alá quiso que pagara por mi error con otra noche de sufrimiento. Durante toda la noche escuché los gritos provenientes de los barrios judío y griego; durante toda la noche observé los resplandores de los incendios sobre el Bósforo. Huir no se me pasaba por la cabeza: mi *konak* estaba rodeada por jenízaros. Pero, aunque no hubieran estado allí, tampoco me habría escapado, se lo aseguro. ¿Para qué? ¿Solo para morir una semana después por orden del nuevo sultán?

Por muy increíble que les parezca, había otra razón más para no tratar de huir: puesto que las cosas habían tomado ese rumbo, realmente debía dejarme matar. Porque formaba parte de la época de Mehmed y porque no tendría sitio en un imperio reorganizado bajo el sultanato de Bayezid. Ellos no me habrían aguantado, y yo no les habría aguantado a ellos.

Recibí la muerte —me atrevería a decir— con calma. Mi único pesar fue que quizá había arrastrado conmigo a aquel por cuya victoria habría dado mi vida con gusto: temía haber confundido a Cem, la esperanza de los soldados de Mehmed. Si pueden convencerme de que no fue mi acto lo que le empujó a emprender su camino, entonces no me importará haber sido convocado desde la inexistencia.

Pero ustedes guardan silencio. Parece que no tienen claro cuál fue la causa principal de la sublevación de Cem. O quizá no les importen los remordimientos de un soldado viejo y muerto hace mucho tiempo.

Ya acabo. No puedo ofrecer testimonio de lo que ocurrió después del 5 de mayo de 1481. Me mataron el cinco por la noche.